

CONSIDERACIONES SOBRE LOS COMPORTAMIENTOS DEL CONSUMIDOR EN SITUACIONES DE RIESGO E INCERTIDUMBRE ALIMENTARIA

Rafael Cartay

Centro de Investigaciones Agroalimentarias (CIAAL). Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

1. RADIOGRAFÍA DEL MAL

El primer caso de Encefalopatía Espongiforme Bovina (EEB) fue reportado en Gran Bretaña en 1986. Se le llamó el mal de la vaca loca, porque el animal iba perdiendo su capacidad locomotora, y se ponía nervioso. Luego moría. Entonces, no se sabía a ciencia cierta qué lo producía, cuál era el agente infeccioso y se desconocía si era transmisible a los humanos. En consecuencia había mucho desconcierto entre los especialistas, que mantenían aún el secreto del mal para no causar alarmas entre el público. Además sabían muy poco sobre la enfermedad y no podían enfrentarse a las probablemente insidiosas preguntas de los *mass media*. Después empezaron a establecerse relaciones. Primero, con el mal de *scrapie*, o tembladera, una encefalopatía que asoló los rebaños ovinos ingleses hace más de doscientos años. Luego se la relacionó con la enfermedad del kuru, que afectó a las mujeres y niñas de la tribu de los Foré, en las tierras altas de Nueva Guinea. La llamaban la enfermedad de la risa porque las víctimas reían hasta morir. La realidad era más seria: perdían el control de su sistema nervioso y morían. La padecían mujeres y niñas porque eran las encargadas de arreglar al muerto y practicaban el canibalismo con algunos restos como parte de sus rituales funerarios (Harris, 2000: 479-480). Se conocían, además, otras formas de encefalopatías entre los animales, como las del visón de granja, la de los cérvidos y de los felinos, y hasta del hombre, la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob (ECJ), así como algunas formas hereditarias de encefalopatías espongiformes subagudas transmisibles, todas ellas con un punto en común: se manifiestan, sin ningún signo precursor, tras una larga incubación, y son mortales para los animales y el hombre (Bons y Brugère-Picoux, 2000: 44). En el caso del ser humano, los estragos de la encefalopatía son muy severos, tanto en su fase

psíquica (modificación del comportamiento y de la personalidad, y trastornos de la memoria) como en su fase orgánica (posturación, demencia, diestesia). En el cerebro de las personas contaminadas aparecen numerosas vacuolas, que son como unos "orificios" que dan a ciertas regiones del órgano un aspecto de esponja, así como pérdida de neuronas y de su tejido de soporte. Estas lesiones se producen en concomitancia con la presencia de una proteína especial, que Stanley Prusiner llamó prion en 1982.

Antes de 1995, cuando se identificó el primer caso de nueva variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob (nvECJ) en el Reino Unido, se sabía que el mal de la vaca loca, es decir la EEB, era consecuencia de la práctica de alimentar a los bovinos con harinas cárnicas, hechas con carne y huesos molidos y otros despojos de animales tanto de bovinos como de ovinos, algunos de ellos contaminados. De esta manera, desde 1988, se prohibió alimentar a los rumiantes con harinas animales, tanto en Gran Bretaña como en Francia, medida que se generaliza en 1994 a escala europea, así como el consumo de ciertas partes del animal, que fueron considerados materiales específicos de riesgo (MER). Pero, a partir de 1995, las cosas sufrieron un cambio violento, sobre todo en la opinión pública: se supo que el mal de la vaca loca era transmisible a los humanos. Al bovino le era transmitido a través de las harinas animales contaminadas. Y del bovino al hombre por vía oral, por la ingestión de carne. A pesar de los rumores, antes del surgimiento de algunos casos atípicos de enfermedad parecidos a la ECJ y de las declaraciones de algunos miembros de una comisión creada por el gobierno británico en 1990 para estudiar la relación entre la EEB y la ECJ, el gobierno negaba tal relación y el peligro resultante. Pero desde 1995 la verdad no podía seguir siendo oculta-

da; se había identificado el primer caso de la nvECJ en Gran Bretaña y el gobierno reconoció públicamente el vínculo entre la epidemia de las vacas locas y la nueva variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob. Se establecieron nuevas medidas de control; el embargo de las exportaciones de carne de bovino de más de 30 meses de la cadena alimentaria en Gran Bretaña, así como la obligación de realizar un test a todos los bovinos mayores de 30 meses entrando en la cadena alimentaria a partir del primero de enero de 2001.

2. LAS CONSECUENCIAS DE LA EPIDEMIA

La epidemia ha sido desastrosa para Europa, especialmente para el Reino Unido, en muchos sentidos. Algunos columnistas han hablado incluso de *Annus horribilis* británico, por los problemas de inundaciones, accidentes ferroviarios, vacas locas y aftosa, que ha debido afrontar. Particularmente el mal de las vacas locas ha puesto muchas cosas en tela de juicio, tanto en los aspectos políticos, como en los técnicos y económicos.

En primer lugar, ha puesto en cuestión las políticas de salud, tanto animal como humana, cuyo presupuesto conoció severas reducciones durante el mandato de Margaret Thatcher. Esa reducción aflojó y redujo el personal sanitario y los controles, propiciando la severidad de la crisis que trajo consigo más de un centenar de muertos sólo en el quinquenio en que ha sido reconocida oficialmente.

En segundo lugar, produjo un fuerte desmantelamiento del plantel ganadero bovino europeo, especialmente en el Reino Unido, Francia y España, situación que va a ser muy difícil recuperarla en un mediano plazo sin asumir grandes costos, aun más por el agravamiento producido por nuevos brotes de aftosa en Irlanda y Escocia, que obliga a la eliminación de muchos rebaños (el brote de aftosa o *foot-and-mouth* de 1967 ocasionó la eliminación de 440.000 animales) (Ratnesar, 2001).

En tercer lugar, se ha sembrado la desconfianza en el público sobre la escasa capacidad de reacción que tienen los gobiernos para enfrentar calamidades de este tipo. Las agencias gubernamentales locales de seguridad alimentaria se mostraron incapaces de actuar rápida y apropiadamente para controlar la epidemia. Además se puso en entredicho la bondad productiva de la Política Agrícola Común (PAC) y la oportunidad de las medidas adoptadas por la Comisión Europea, que fueron consideradas tardías, improvisadas, confusas e insuficientes (El País, 11.03.2001).

El sistema ganadero europeo se vio muy afectado: el productor, al ser cuestionados los modelos intensivos de producción basados en la utilización de hormonas y de alimentos concentrados cárnicos para obtener mayores y más rápidos beneficios económicos, sin atender a la seguridad alimentaria de la población (El País, 04.03.2001); el matadero, al descender el número de animales sacrificados y reducirse su plantilla de obreros; y los sistemas de comercialización del producto al público, por instalarse la desconfianza y disminuir las ventas.

La epidemia ha traído cambios, quizás no tan coyunturales, en la estructura de consumo de las carnes en Europa, minando la confianza que el consumidor tenía tradicionalmente en su alimento, su proveedor y el sistema sanitario de su país. En un estudio de Briz y de Felipe (2000: 21-23) sobre el comportamiento del consumidor español de carne fresca, se determinó que la mayoría de los consumidores consideraba en 1997 que la carne que compraba era segura, aunque frecuentemente desconociera el lugar de procedencia. Ahora esa confianza se ha debilitado. Por otra parte, se ha pasado del consumo de carne de bovino al de carne de pollo, cerdo, cordero o pescado, que aumentaron sus precios. Y ha salido un poco favorecida la agricultura ecológica, al aumentar su participación en el mercado y multiplicar sus beneficios económicos (El País, 25.03.2001). Esa disminución en el consumo de carne de bovino en Europa ya se observaba como tendencia, pero fue estimulada por la epidemia. Se sabe que los consumidores en los países de mayor desarrollo cambian sus comportamientos alimentarios. El consumo de carne, por ejemplo, se reduce como consecuencia de una población proporcionalmente más envejecida que requiere una menor demanda para satisfacer sus necesidades alimentarias y por la generalización de las dietas para adelgazar o de mantenimiento (El País, 06.05.2001; Le Nouvel Observateur, 39.03-04-2001).

El impacto económico de la crisis de la vaca loca no ha afectado sólo al sector privado, sino también al sector público, que ha debido tomar una serie de medidas de control que le han ocasionado grandes erogaciones presupuestarias. El Estado ha tenido, así, que: 1) adquirir por un "precio cercano al mercado" las reses mayores de 30 meses y pagar su destrucción; 2) comprar carne y congelarla para evitar el desplome del mercado; 3) subsidiar la compra y aplicación de los test de detección de priones a los animales que se destinan al consumo; 4) retirar y destruir los materiales específicos de riesgo (MER), como el cráneo, incluido el encéfalo y los ojos; amígdalas; la columna vertebral y la médula; el intestino completo, etc.; 5) retirar y destruir las harinas cárnicas del mercado, etc. En resumen, esta crisis, probablemente la peor que ha vivido Europa a partir de la Política Agraria Común, podrá costarle a la economía de la Unión Europea unos 5.000 millones de euros, según estimaciones consideradas conservadoras (El País, 04.02.2001). Según otras estimaciones, como la de Franz Fischler, comisionado europeo de Agricultura, solamente la prohibición de uso de las harinas cárnicas en el conjunto de Europa podría costar unos 4.500 millones de euros (El País, 23.04.2001).

3. RIESGO E INCERTIDUMBRE

El inglés Anthony Giddens, quien se ha interesado en el estudio del concepto de riesgo, considera que éste es intrínseco a la vida, pero que en la cotidianidad no se suele experimentar como una duda perenne. La vida diaria se organiza por medio de sistemas abstractos que crean muchas formas rutinarias de activi-

dad con un cierto nivel de predecibilidad, que varía de acuerdo con el grado de desarrollo de la sociedad. En una sociedad moderna, el nivel de predecibilidad es más alto que en la mayoría de las sociedades premodernas (Giddens, 1997: 248). En éstas, la autoridad calma y oculta la duda, pero en la sociedad moderna la autoridad ya no es una alternativa de la duda: “El dilema de autoridad frente a la duda se resuelve de ordinario mediante una combinación de rutina y entrega a ciertas formas de estilo de vida y dando confianza a un determinado conjunto de sistemas abstractos”. Pero este “paquete de compromisos” puede comenzar a desintegrarse si se ve sometido a presiones. En ese caso, surgen estados psicológicos en que los individuos quedan prácticamente inmovilizados por una tendencia a la duda universal, llegando en sus versiones más agudas a una forma de paranoia o a una parálisis de la voluntad (Giddens, 1997: 249).

En otra publicación, Giddens (1999: 33-48) señala que la idea de riesgo es relativamente nueva. Acuñada entre los siglos XV y XVII, fue utilizada originalmente por los exploradores que navegaban en mares desconocidos. Y sólo alcanza un uso extendido en las sociedades orientadas hacia el futuro, pues era inútil en las sociedades tradicionales ancladas en el pasado, muy vinculadas a la idea de destino, suerte o voluntad de los dioses. Una sociedad volcada hacia el cambio y que quiere definir su propio futuro, en lugar de dejarlo a cargo de la religión, la tradición o los caprichos de la naturaleza, utiliza el riesgo como una dinámica movilizadora para el cambio.

Habría que tomar con reservas la idea de Giddens de que las sociedades tradicionales no necesitaban del riesgo. Fibonacci, en su libro *Liber Abaci*, aparecido en 1202, ya en ese tiempo afirmaba el carácter puramente aleatorio de los hechos como la capacidad humana de manejar los riesgos. Fibonacci jugaba con unos conejos, intentando predecir cuántos conejos nacerían de una sola pareja durante un año. En esos cálculos se inspiró una ciencia matemática dedicada a predecir resultados, más tarde desarrollada por los matemáticos del Renacimiento y de la Ilustración, especialmente con los aportes de Jacob Bernoulli (Sennet, 2000: 84-85). El propio Bernoulli se preguntó en 1710: “¿Quién puede pretender haber penetrado tan hondo en la naturaleza de la mente humana o en la maravillosa estructura del cuerpo (de las cuales) dependen los juegos como para aventurarse a predecir cuándo tal o cuál jugador perderá o ganará?” (Bernstein, 1996: 119). Así consideraba, aparte de los aspectos puramente matemáticos, los aspectos psicológicos del análisis del riesgo.

Más tarde el capitalismo moderno se ocupó del asunto, al inquietarse por el futuro, cuando calcula el beneficio y la pérdida, y ve al riesgo como un proceso continuo. El riesgo es, de esta manera, inseparable de las ideas de probabilidad e incertidumbre. Ahora, sin embargo, parece que el riesgo actúa contra nosotros, en vez de regular el futuro, “forzándonos a buscar formas diferentes de ligarlo a la incertidumbre” (Giddens, 1999: 38). Giddens distingue dos tipos de riesgo: el externo, que se

experimenta como viniendo de las sujeciones de la tradición o de la naturaleza; y el riesgo manufacturado, resultante del crecimiento del conocimiento sobre el mundo, como sucede con los riesgos medioambientales o los derivados del consumo de los productos transgénicos (OGM, organismos genéticamente modificados) o de la epidemia de las vacas locas. En este tipo de riesgo nos preocupa menos lo que la naturaleza pueda hacernos que lo que nosotros le hacemos a la naturaleza, como sucede en las sociedades modernas, donde existen pocos ambientes de la naturaleza que no hayan sido objeto de la intervención humana.

Antes, el común de la gente aceptaba la opinión de los expertos. Ahora no. “Cuanto más se implican la ciencia y la tecnología en nuestras vidas, y además al nivel mundial, menos se sostiene esa perspectiva”, de allí que no aceptemos sin discusión los hallazgos de los científicos, porque éstos se contradicen con frecuencia.

Giddens da algunas pistas para comprender la idea de riesgo, pero el autor más citado sobre el tema es Ulrich Beck, quien desarrolló en 1986 el concepto de sociedad de riesgo: “fase de desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, ecológicos e individuales generados por la misma dinámica de la renovación, se sustraen crecientemente a las instituciones de control y aseguramiento de la sociedad industrial” (Beck, 1999: 32). En la sociedad de riesgo, los conflictos de distribución de los “*goods*” sociales del proceso son superados por los conflictos de distribución de los “*bads*”. Esos peligros y problemas sobrepasan a los elementos de las representaciones sociales sobre la seguridad. Para Beck (1999: 35), una sociedad de riesgo es aquella que “comienza allí donde falla la seguridad prometida en los sistemas de normas sociales en relación con los peligros desatados por las decisiones”. Antes, los peligros se adjudicaban a fuerzas externas, ahora los peligros (ecológicos, químicos o genéticos) son generados y pueden ser resueltos por decisiones, que se relacionan con los elementos de la percepción (evaluación y valoración) de las consecuencias y los peligros y con las diferencias culturales de esa percepción, tanto de la gente común como del Estado. Se plantea, así, una contradicción entre la promesa de racionalidad y control que ofrece el Estado en una sociedad moderna y la violación de esa promesa. Se había prometido una racionalidad creciente, sin hablar de su límite. Por eso la incertidumbre y la incontabilidad social alimentan la profunda crisis institucional que vive la sociedad industrial. Los problemas técnico-industriales no son problemas de orden, para los cuales habría soluciones unívocas, sino problemas de riesgo, caracterizados por una ambivalencia esencial, aunque puedan ser captados por el cálculo de probabilidades. “Los riesgos hacen alarde y se jactan de la matemática”, pero, en el fondo, se trata siempre de puras posibilidades que no excluyen nada, y que pueden ser malinterpretados (Beck, 1999: 43). Nadie es experto en cuestiones de riesgo, o lo somos todos. Lo importante es saber que el riesgo oscurece el hori-

zonte, porque se sabe lo que no debe hacerse pero no lo que hay que hacer. Y eso lleva, finalmente, a la inacción. Los riesgos presuponen decisiones, pero también “liberan decisiones”. De allí que el riesgo implique ambivalencia. Ante el riesgo se dividen las posiciones y la sociedad se vuelve autocrítica. La crítica se democratiza (Beck, 1999: 48).

Beck es criticado, acusándole de popularizar una cierta versión de la hipótesis weberiana de la “Jaula de hierro”: el exceso de racionalismo y modernización sólo conduciría a un infierno inhumano, predicando la proliferación de peligros emergentes: incertidumbre, inseguridad y riesgo. Gil Calvo (2001) dice que Beck se basa en dos axiomas muy discutibles. El primero es que la tasa neta de riesgos está creciendo al nivel global. El segundo es que los nuevos riesgos ya no son naturales sino artificiales, surgidos como subproducto social. La tesis preconizada por Beck puede ser falsa, dice Gil Calvo, pero es ayudada por el miedo colectivo. Su éxito proviene no de que crezcan los miedos reales, ya que éstos decrecen objetivamente, sino a que crece el contagio del miedo a los riesgos percibidos o imaginados.

La epidemia de las vacas locas puso en evidencia varias cosas: la relativa facilidad con que los riesgos, asociados al desarrollo tecnológico, eluden los controles públicos, cuestionan sus estructuras de análisis de riesgo y las instituciones que las aplican. Por eso, algunos sociólogos, como el español Fernando Vallespín (2001) recomiendan la necesidad de estrechar la colaboración entre gobernantes, científicos y ciudadanos para enfrentar con mayor propiedad los problemas asociados al riesgo social.

4. EL MANEJO OFICIAL DEL RIESGO

La epidemia de las vacas locas es consecuencia, según algunos autores, de muchos factores, algunos atribuibles a las políticas de salud animal y humana puestas en práctica de una manera parcial y tardía, otros imputables al desmesurado afán de lucro de algunos actores del sistema agroalimentario europeo, o al alarmismo sensacionalista de los *mass media*, etc. Pero otros, como el francés Ignacio Ramonet (Le Monde Diplomatique, 2001) y el español Manuel Escudero (El País, 2001), la atribuyen al gobierno de Margaret Thachter, en la década de 1980, que redujo el gasto público, afectando el funcionamiento de los sistemas educativo, de transporte y de salud, para hacer realidad el Estado mínimo. En ese período se abandonó la aplicación del principio de precaución, hasta llegar a la aniquilación de la red nacional de veterinarios y a la eliminación de la vacunación de los animales productivos. El mal de las vacas locas apareció en 1985, y hasta 1997 los ministros de agricultura no le concedieron mucha importancia para no enfrentar con un mayor gasto público la prevención, la investigación y las compensaciones requeridas para atajar el mal. Otros critican el ocultamiento y el falseamiento de la información sobre el mal por parte del gobierno británico, así como sus deficientes estadísticas oficiales (El País, 18.02.2001). Para Ramonet buena parte de la responsabilidad le

corresponde al creciente deseo de rentabilidad que llevó a las empresas privadas a ahorrar en los costos relacionados con la seguridad alimentaria, sin que el gobierno controlara sus actividades. El austriaco Franz Fischler, comisario europeo de Agricultura, señala, por su parte, que la mayor responsabilidad recae sobre la industria, y no sobre los agricultores quienes desconocían la composición y las posibles consecuencias del uso de restos animales en la composición de las harinas cárnicas (El País, 18.02.2001).

Sea de quien sea la culpa, lo pertinente es preguntarse cómo manejan los gobiernos los riesgos en materia de seguridad alimentaria. Al respecto, encontramos dos posiciones principales: los partidarios del principio de precaución, representados por la Unión Europea, y los partidarios del principio de familiaridad o de análisis de riesgos, representados por Estados Unidos. Los primeros optan por la prudencia cuando no está bien demostrada la inocuidad del producto. Los segundos prefieren seguir adelante hasta tanto no hayan pruebas concluyentes sobre las consecuencias nocivas del producto (Busch, 2001).

Estas dos posiciones pueden ser ilustradas valiéndonos del ejemplo de los alimentos transgénicos (organismos genéticamente modificados, OGM). Para los que se acogen al principio de precaución, los OGM son productos inéditos a los cuales se aplica la transferencia de materiales genéticos a través de la barrera de la especie. En estos casos, afirman, no se dispone de suficiente evidencia experimental como para dar garantía de su inocuidad. Hay que experimentar con cada elemento nuevo para comprobar su inocuidad antes de autorizar su consumo en gran escala. Para los que se acogen al principio de análisis de riesgos, los OGM son similares a otros productos alimentarios de los cuales tenemos una larga experiencia. Y como no existe prueba alguna de su nocividad, nada se opone a su consumo. Pero en la práctica las cosas se complican. Estados Unidos adhiere al principio de análisis de riesgos en el caso de los OGM, y al de precaución en el caso de la tembladera (*scrapie, tremblante*) del cordero o de la encefalopatía espongiiforme bovina, o de los quesos no pasteurizados. La Unión Europea, por su parte, adhiere al principio de precaución en el caso de los OGM, pero acepta el de análisis de riesgos en el caso de los quesos no pasteurizados.

¿Por qué hay tanto desacuerdo en tales asuntos? Si se incluyen las consideraciones de orden económico, la respuesta es simple. En Estados Unidos, las grandes y pequeñas empresas de biotecnología, así como los agricultores, han invertido centenas de millones de dólares en el negocio de los OGM, mientras que las europeas no lo han hecho. De restringirse o prohibirse el negocio de los OGM, las pérdidas estadounidenses serían muy elevadas. En el caso de los quesos no pasteurizados, sector en el que hay grandes inversiones, sobre todo francesas, las posiciones se invierten.

Los organismos de investigación, por otra parte, realizan sus actividades en dos escenarios distintos. Uno es el ámbito de

los laboratorios que operan con materiales específicos. Sus resultados son comunicados a las revistas científicas especializadas y son del libre conocimiento de los especialistas. El otro ámbito es el de la ciencia “reglamentaria”, practicada fuera de los laboratorios, sin vinculación con la comunidad científica mundial. Los resultados obtenidos son de carácter confidencial y privado y no se difunden en las revistas científicas. Su misión es la de informar a los políticos que toman decisiones, y sus conclusiones pueden tener consecuencias jurídicas, económicas y políticas inmediatas, dentro del marco de los reglamentos oficiales. En este ámbito las cosas se manejan con mucha confidencialidad, como ocurrió en Gran Bretaña con el mal de las vacas locas. Allí no se informó al público de la relación existente entre el mal de las vacas locas y la nueva variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, con el pretexto de no alarmar innecesariamente al público. Los gobiernos sostienen que advertencias muy frecuentes vuelven al público indiferente, como el caso del pastor que se pasaba inventando venidas del lobo, hasta que éste vino y nadie le hizo caso.

Los principios de gestión de riesgos no son infalibles, y tienen sus límites. Son opciones de política sanitaria. Por ejemplo, el principio de precaución, desarrollado en Alemania bajo el estímulo de los líderes ecologistas, no se ocupa de evaluar el riesgo (Martin *et al.*, 2001), y no funciona todas las veces como un modo idóneo de manejar los problemas del riesgo y de la responsabilidad, puesto que “la regla de estar cerca de la naturaleza, o de limitar la innovación en lugar de entregarse a ella, no puede aplicarse siempre” (Giddens, 1999: 45).

5. LA FRIALDAD DEL CIENTÍFICO

Los científicos actúan muchas veces de manera “autoritaria”, obsesionados por los resultados de sus investigaciones, olvidando que el tiempo en que la ciencia era autoridad única e indiscutible pertenece al pasado. Ahora todo se somete al escrutinio público, especialmente los resultados de la ciencia, así como su método, su racionalidad, sus fines, su objetividad.

El biólogo Daniel Román, del Instituto de Tecnología de Alimentos de Valencia y coordinador de esa área en el CSIC de España, afirma, refiriéndose a los OGM, que no hay evidencias de que los alimentos transgénicos autorizados sean más o menos peligrosos que las variedades convencionales de las que proceden. Para él, los OGM son los rubros más evaluados en la historia de la tecnología de alimentos. Pero han sido atacados porque a “los que venden el miedo, la alarma social actual les viene muy bien”, y los periódicos se aprovechan para vender más. Román dice: “Los que se oponen no aceptan ni uno sólo de los datos que ofreces. Nadie mueve un milímetro en sus posiciones. Es un problema económico donde todo el mundo tiene intereses: los de las multinacionales; los de las organizaciones ecologistas; los de los científicos públicos, que vemos peligrar nuestra investigación, y los de la clase política, que no quieren perder un solo voto” (El País, 06.05.2001). Otros, a

pesar de reconocer las virtudes de los OGM, dicen, como lo hace el suizo Jean Ziegler (El País, 15.04.2001), que se trata de un ser completamente diferente, cuyos efectos sobre el organismo una vez consumidos no se conocen suficientemente, y que, según los especialistas, hacen falta al menos 20 años más de experimentación para saberlo.

El científico francés Philippe Verger (2001: 80-81), refiriéndose al mal de las vacas locas, dice que se ha hecho todo, tras tomarse las medidas de control, como el retiro de los materiales específicos de riesgo (MER) y de las harinas cárnicas. Las gentes realmente expuestas al mal lo estuvieron entre 1986 y 1990, y aunque ellas ahora hayan dejado de consumir carne, eso no cambiará nada. Sólo queda esperar. Para Verger, el papel de los especialistas en seguridad alimentaria es el de informar tanto a los que deciden, como a los consumidores, para que “puedan comparar los riesgos, sin olvidar los problemas que pueden provocar ciertos comportamientos”. Para él, “Hay que decirle todo al consumidor. Hay que darle las claves para relativizar”. Pero, uno se pregunta: ¿Le han dicho al consumidor todo sobre las vacas locas? El epidemiólogo inglés Peter Smith, una autoridad mundial en el mal de las vacas locas, señaló en una entrevista reciente (El Mundo, Madrid, 02.02.2001) que: 1) se desconoce el origen de la enfermedad, y se manejan dos teorías, ambas posibles: que el mal viene por mutación del agente que produce el scrapie o tembladera, pasando de las ovejas a las vacas, o que se trata de una mutación espontánea en las vacas; 2) se desconoce la dosis mínima de ingestión de carne bovina infectada para que una persona resulte contaminada: “confiamos en que sea necesario comer una gran cantidad de tejido para resultar contagiado... Pero, honestamente, no lo sabemos”; 3) se desconoce si la leche de una vaca infectada transmite el mal: “no podemos afirmar rotundamente que no existe riesgo, pero la mayoría de los estudios realizados indican que no hay peligro”; 4) se desconoce el período de incubación de la enfermedad; 5) se desconfía de la confiabilidad de los tests de detección del agente infeccioso: “el test detecta sólo a los animales que se encuentran en el período final de incubación de la enfermedad, pero no a todos los animales infectados”; 6) se desconoce si los animales menores de 30 meses (edad a la que se realizan los tests) pueden desarrollar la enfermedad: “No lo podemos garantizar”, pero se ha encontrado en Alemania animales infectados menores de esa edad; 7) se desconoce si el mal se transmite por transfusiones sanguíneas: “Existe el riesgo teórico de adquirir la enfermedad a través de transfusiones sanguíneas,... (pero) no conocemos ningún caso en el que la enfermedad se haya transmitido por la sangre”. Smith señala que, a pesar de todas las medidas de control aplicadas, “No podemos estar seguros de que ahora no haya riesgo de que se produzcan nuevos contagios... Pero el nivel de riesgo de contraer el mal de Creutzfeldt-Jakob a través de productos cárnicos británicos es en estos momentos muy bajo y, particularmente, si el ternero tiene menos de 30 meses. No podemos decir que el riesgo sea

cero, pero pensamos que es muy bajo”.

La incertidumbre oscurece el panorama de las vacas locas. Tomemos los tests de detección de priones y consideremos su validez. En la reunión de los Quince de la Unión Europea, celebrada en Niza en diciembre de 2000, se discutió la conveniencia de hacer obligatorio los tests rápidos para detectar la EEB en animales menores de 30 meses, y se concluyó que a un animal de 24 meses no se le podía detectar el príon a pesar de estar infectado, por presentar una muy baja concentración del agente infeccioso (El País, 09.12.2000). Algunas pruebas de inoculación del EEB por vía oral a bovinos han permitido concluir que, aparentemente, el sistema nervioso central de la vaca no es infectado antes de los 32 meses. Por ello se consideró inútil buscar la traza de priones en animales más precoces (Beauvais y Billette de Villermeur, 2001).

Los tests no garantizan una validez absoluta de sus resultados. Hay tres tipos de tests en el mercado europeo: el de la firma suiza Prionics, en colaboración con la Universidad de Zürich; el de la firma estadounidense Biorad, en colaboración con la CEA; y el de la firma irlandesa Enfer Technology Ltd. Los tres presentan algunas características comunes: a) son test post-mortem, aplicados una vez que se retira del animal el cerebro; b) son test inmunológicos, basados en la detección del príon patológico Pr Psc, tras la acción de la proteinasa K. Los tres presentan, además, igual confiabilidad, por su sensibilidad (proporción de animales infectados de referencia reconocidos positivos por el test) y su especificidad (proporción de animales sanos de referencia reconocidos negativos por el test), aunque su umbral de detección sea muy diferente (es decir, su capacidad para detectar la presencia de pequeñas dosis del agente infeccioso). En este caso, el más confiable es el test de Biorad (Louis, 2001: 58-59).

Los tests no garantizan, pues, que una vaca tenga o no tenga el mal de las vacas locas de una manera definitiva. Por otra parte, su aplicación será limitada, porque es demorada y costosa, y el tratamiento de los datos obtenidos es complejo. Pero al menos sirve para tranquilizar a los consumidores en situaciones de alarma (Paris, 2001: 77) y para ofrecer ciertas referencias al sistema de salud.

Lo que intentamos decir es que, sobre un tema en particular como el de las vacas locas, hay notables divergencias entre los científicos que se ocupan de él, y que los científicos se mueven muchas veces en medio de tinieblas, presionados por la urgencia de los acontecimientos. Además, hay una controversia constante en relación con la validación de los “expertos”: ¿Quiénes son los verdaderos expertos? ¿Qué intereses los mueven?

Unos 264 científicos e intelectuales, entre los cuales se encontraban 52 Premio Nobel, firmaron, en la ocasión de la Conferencia de Río en 1992, una suerte de manifiesto que fue llamado por el periódico francés *Le Monde* el “Llamado de Heidelberg” (Appel de Heidelberg, *Le Monde*, 05.06.1992). Allí denunciaban “la emergencia de una ideología irracional que se

opone al progreso científico e industrial... que pretende apoyarse en argumentos pseudo-científicos o en datos falsos o inapropiados”. Poco tiempo después, otro nutrido grupo de científicos respondió con un contramanifiesto: “Contre-appel de Heidelberg” (*La Recherche*, 1992), saliendo en defensa de los grandes avances de la ecología y de sus aportes a la conformación de una nueva visión del desarrollo y del progreso”. Eso ha sucedido varias veces, como lo reseñan algunos científicos (Chevassus, 2001). Un año antes, en 1991, se produjo una historia similar que enfrentaba a los científicos estadounidenses en torno al tema de los contaminantes ambientales. 21 científicos reunidos en el Centro de Conferencias de Wingspread, en Wisconsin, presentaban nuevas evidencias de que un amplio surtido de contaminantes ambientales debilitaban el funcionamiento biológico y la capacidad física de animales y humanos.

En el terreno de los OGM existe también una constante controversia entre los expertos de las firmas de biotecnología y los ecologistas. Unos acusan a los otros de ser adeptos a una ciencia basura (junk science), que deforma los hechos, exagera los riesgos y hace bascular a la ciencia entre la ideología y la política. Y éstos acusan a los otros de recurrir al autoritarismo pseudo-científico o de ponerse al servicio de los fetiches de la economía de mercado o de las políticas económicas neoliberales o de los agentes económicos que sólo se preocupan por la búsqueda de una mayor rentabilidad económica (Gleich, Maxeiner, Miersch, Nicolay, 2000). En medio de la disputa, uno no sabe dónde están los verdaderos expertos, ni tampoco la “verdad”.

6. LA APRENSIÓN DEL CIUDADANO

Frente al mal de las vacas locas, el consumidor europeo está desconcertado, sobre todo el inglés, que es el que ha sufrido el mayor impacto emocional. Ante el riesgo y el reconocimiento de la antiviolencia de la decisión, de qué hacer, se cae en la inacción. Como dice Beck (1999: 45): “Lo que la cabeza quiere y la lengua dice, la mano no lo puede ejecutar”. Se cae en la paranoia o su voluntad se paraliza, según Giddens (1997: 249) ¿Qué hacer? Pues se trata de un riesgo de consecuencias graves, que afecta un alimento importante y que es letal. En esos momentos decisivos, el individuo, de acuerdo a Giddens (1997: 169), escoge una entre dos posiciones: o continúa sin más con los modos de conducta establecidos, asumiendo el riesgo y sus consecuencias, o cambia de hábitos, reajustando su proyecto de vida.

El sociólogo Richard Sennet (2000: 95) nos dice que, confrontada a un hecho conflictivo, la atención de una persona puede quedar paralizada en lo relativo a las circunstancias inmediatas más que a largo plazo. Eso es lo que la psicología social llama “disonancia cognitiva”: una atención focal suspendida, lo que produce un trauma inmovilizador; después se actúa. Al principio se piensa en uno, luego se pasa a pensar que eso le sucederá a los otros (“El infierno son los otros”, decía Sartre). Desconcertados por la ambigüedad y la incertidumbre,

echamos mano de nuestro fondo de capital social (las experiencias compartidas, así como los logros y talentos individuales) para ayudarnos a navegar por una red poco precisa (Coleman, 1988). Comer cada vez carne de bovino en Gran Bretaña es asumir un elevado riesgo, lo que significa la regresión a la media, es decir, volver a empezar en cero (Sennet, 2000: 87) Peter Bernstein (1996: 279) lo expresa así: "Prestamos excesiva atención a los sucesos de baja probabilidad acompañados de un gran dramatismo, y pasamos por alto los hechos que ocurren de manera rutinaria... Como resultado de ello, nos olvidamos de la regresión a la media, abusamos de nuestra posición y terminamos metidos en líos". O como dijieran Amos Tversky y Daniel Kahneman (1979): el hecho de que una apuesta a los dados salga bien no significa que la siguiente apuesta tenga un resultado similar, pues se regresa a una media indeterminada y la jugada siguiente puede ser buena o mala. Tversky, en otra investigación (1990: 75), señala que, en la vida cotidiana, la gente se preocupa más por las pérdidas que por las ganancias cuando asume riesgos, es decir, que el foco emocional de la gente es la pérdida.

Exponerse al riesgo de manera constante es vivir en un continuo estado de vulnerabilidad, en un estado de preocupación monótona y constantemente reforzada por la exagerada ambigüedad del éxito y del fracaso. Y eso puede desgastar, corroer, nuestro carácter (Sennet, 2000: 86-87). El psiquiatra epidemiólogo inglés Simon Wessely estudió el llamado "síndrome del pánico", producido cuando se vive enfrentado a peligros cuya existencia y magnitud nadie conoce realmente, lo que conforma una "paradoja infernal" (citado por John Carlin, 2001). Según él, esa paradoja sólo podría superarse cuando se acepte que los seres humanos somos falibles y que nunca logramos hacer nada que esté cien por ciento libre de riesgo.

John Adams, profesor de la University College London y autor de *Cars, Cholera and Cows*, distingue tres tipos de riesgos: a) el obvio: el riesgo de lanzarnos de un edificio de 20 pisos; b) el que se basa en descubrimientos comprobados objetivamente por la ciencia: el riesgo que supone fumarse 40 cigarrillos diarios si mi padre murió de cáncer del pulmón; c) el riesgo virtual, un riesgo que no es del todo real y en el que los científicos están divididos en sus opiniones sobre el asunto.

Ese es el caso del mal de las vacas locas, que no responde a una verdad objetiva sino más bien a un problema de creencias personales, es decir en lo que uno quiere creer y en quién uno confía. Problema que se resuelve usando filtros perceptivos (que equivalen al "fondo de capital social" de Sennet), producto de nuestra experiencia anterior, pues no hay ninguna forma objetiva de medir el riesgo cuando sólo se dispone de hipótesis de trabajo (Carlin, 2001).

El consumidor inglés, y el europeo en general, vive con aprensión el mal de las vacas locas cada vez que se enfrenta a la posibilidad de consumir un alimento cárnico. La aprensión es una ansiedad por lo que puede ocurrir, y crea un clima en el que se

hace hincapié en el riesgo constante, que se incrementa cuando la experiencia pasada no actúa como un guía para el presente (Sennet, 1980: 101). El consumidor ha sido engañado muchas veces, con lo de Tchernobyl, con el amianto, con la sangre contaminada. Cómo creerle, ahora, al gobierno o a los científicos, cuando hablan de la inocuidad de las OGM o de que el peligro de contagio de las vacas locas ha superado su fase crítica. Sobre todo cuando, durante su "fase crítica", entraron a la cadena alimentaria británica, según un artículo aparecido en *Nature*, 975.000 vacas infectadas, cuyas probables víctimas aún no han sido totalmente contabilizadas (James, 2000). Ahora el consumidor exige más seguridad, incluso a una escala planetaria, como lo hacen Bové y Dufour (2001): Si queremos controlar lo que comemos, debemos controlar la globalización del comercio. Los consumidores tienen ahora más aprensión contra los bovinos, los antibióticos, las dioxinas, el clembuterol, los pesticidas, los OGM, es decir ante todo lo que se refiere al crecimiento anti-natural de animales y vegetales.

Día a día se nutre con más hechos esa aprensión del ciudadano europeo. La epidemia de fiebre aftosa comenzó en el Reino Unido a finales de enero, pero el gobierno británico sólo comunicó su existencia a Bruselas el día 20 de febrero, casi un mes después, tras haber exportado al continente miles de animales desde el Reino Unido (El País, 17.03.2001).

Una de las raíces de la ansiedad que embarga al consumidor europeo de carne es la pregunta de si ha sido infectado, pues la mayoría de europeos consumió carne de bovino durante aquel período crítico que ya pasó ¿Estaremos, pues, contaminados? No lo sabemos con exactitud, pues no se conoce con exactitud el período de incubación de la enfermedad. Según Gerald Pascal, presidente del Comité Científico de la Unión Europea, para que una vaca se contamine hay que esperar 5 años, y en el hombre, otros 5, 10, 40 años, no se sabe, para conocer si ha sido contaminado (Pascal, 2001). Y se intenta tranquilizar al consumidor diciéndole que ahora la situación está más controlada, que el nivel de riesgo es mucho más débil hoy, que el riesgo más alto ya se corrió. Pues, como señala el experto Peter Smith (El Mundo, 02.02.2001). "No sabemos tampoco cuál es el período de incubación de la enfermedad. Si el período de incubación es, como media de 10 años, significaría que buena parte de los casos ya han salido a la luz. Pero si el período de incubación es de 20, 30 ó 40 años, entonces sólo hemos visto la primera parte de la epidemia. Quizás sólo se produzca un centenar de casos y se acabe, pero también es posible que estemos ante una epidemia que se prolongue durante años y afecte, sólo en el Reino Unido, a 100.000 personas. No lo sabemos".

7. LA LECCIÓN DE LA CRISIS

La crisis de seguridad alimentaria vivida por los europeos dejó un enorme saldo negativo y algunas enseñanzas. Lo más importante de estas enseñanzas es que antes de 1995 el tema de la

seguridad alimentaria era un tema marginal, que llamaba poca la atención de los gobiernos y de los ciudadanos, a pesar de las serias crisis europeas de 1990 y 1994. Pero después de esa fecha, cuando se identifica el primer caso de la nvECJ en gran Bretaña, y se establece su relación con el mal de las vacas locas, las cosas cambiaron notablemente, y la seguridad sanitaria y alimentaria se convierte en un tema de extrema actualidad. Uno de los grandes logros en esa línea de tranquilizar a los ciudadanos sobre el control de su alimento es el dispositivo de trazabilidad aplicado a las cadenas de producción y de circulación de productos, aunque aún sea deficiente e impracticable para los productos derivados de la carne bovina (Godard, 2001).

La norma ISO 8402 define la trazabilidad como "la aptitud para reencontrar la historia, la utilización y la localización de una entidad por medio de un registro de identificaciones". En otras palabras, es una técnica que permite seguir el recorrido de un producto a lo largo de todo su proceso de elaboración hasta el consumidor. Ese sistema de información tiene dos facetas: la faceta descendente, que referencia el producto desde su origen hasta su destino, y la faceta ascendente, que permite remontar la cadena alimentaria para encontrar la fuente de un lote sospechoso de defecto, lo que permite eliminarlo o conseguirlo. De esa manera, se convierte en un elemento que ofrece una mayor seguridad en la cadena alimentaria. Esa técnica se aplica a tres niveles: en las materias primas, en el proceso y en el producto final. Así, se convierte en una importante herramienta de gestión de riesgos, permitiendo investigar el origen de las materias primas, las características de fabricación del producto y seguir la ruta de los lotes vendidos y, en caso de problemas, retirarlos de la comercialización. Este sistema da confianza al consumidor y aumenta la vigilancia en el proceso (Sans, 1999; Fabre, Baralon, 2001), que es lo que reclama la comunidad. Los sociólogos Chateauraynaud y Torny (2001) señalan la conveniencia de reforzar el principio de precaución con la noción de vigilancia, que constituye una función reguladora y más cercana a la experiencia práctica de los actores cotidianos. Algunos, como Godard (2001), recomiendan distinguir entre las evaluaciones del riesgo teórico, hechas por especialistas examinando los datos fundamentales del fenómeno, sin preocuparse de las medidas de control; y del riesgo real, hechas por expertos con amplios conocimientos de la localidad afectada y que se encargarían de aplicar los dispositivos administrativos públicos de control y vigilancia.

Chevassus (2001) muestra una escala de incertidumbre en un intento de caracterizar la incertidumbre para elaborar medidas de gestión, basándose en el principio de precaución. Esta escala se organiza en torno a tres elementos: a) La plausibilidad (que toma en consideración la cantidad de observaciones disponibles sobre un sujeto y el grado de consumo existente entre los expertos); b) la reductibilidad (posibilidad de reducir en un tiempo breve la incertidumbre y modificar la plausibilidad de un fenómeno, aumentándola o reduciéndola); y c) la

observabilidad (posibilidad de que un fenómeno hipotético pueda eventualmente ser detectado por los dispositivos de observación existentes o que puede ser imaginado de manera realista). Dependiendo de estos elementos se escoge la medida apropiada. Por ejemplo, si la plausibilidad de un fenómeno es bastante débil, la reductibilidad débil y la observación débil, se recomienda una medida de restricción de uso, pero si la plausibilidad y la reductibilidad son débiles y la observabilidad es fuerte, debe optarse por una biovigilancia reforzada.

BIBLIOGRAFÍA

- BEAUVAIS, P.; BILLETTE DE VILLERMEUR, T. 2001. *Maladie de Creutzfeldt-Jakob et autres maladies a prion*. Paris: Flammarion Medicine.
- BECK, U. 1999. *La inversión de lo político*. Buenos Aires: FCE.
- BERNSTEIN, P. 1996. *Against the Gods: The Remarkable Story of Risk*. New York: Wiley.
- BONS, N.; BRUGERE-PICOUX, J. 2000. "El prion en la ciudad y el campo", *Mundo Científico*, 215, Septiembre.
- BOVÉ, J.; DUFOUR, F. 2001. *El mundo no es una mercancía. La agricultura contra la comida barata*. Barcelona: Icaria.
- BRIZ, J.; DE FELIPE, I. 2000. "Análisis de la actitud y comportamiento del consumidor español de carne fresca", *Cuadernos del CEAgro*, 2. Universidad Nacional de Lomas de Zamora, Argentina.
- BUSCH, L. 2001. "Temerité américaine et prudence européenne?", *La Recherche*, 339, Février.
- CARLIN, J. 2001. "Riesgos virtuales". En: *El País*, Madrid, 04.02.2001.
- CHATEAURAYNAUD, F.; TORNAY, D. 2001. "L'apprentissage collectif de la vigilance", *La Recherche*, 339, Février.
- CHEVASSUS, B. (2001). "Quatre attitudes face aux controverses", *La Recherche*, 339, Février.
- CHEVASSUS, B. 2000. *Prevention, precaution, consumer involvement: which model for food safety in the future*, OCDE. Conference on the scientific and health aspects of genetically modified foods. Edimburg, 28 February.
- COLEMAN, J. 1988. "Social capital in the creation of human capital", *Am. Journal of Sociology*, 94.
- EL MUNDO. Madrid, 02.02.2001.
- EL PAÍS. Madrid. 09.12.2000; 04.02.2001; 18.02.2001; 04.03.2001; 11.03.2001; 17.03.2001; 25.03.2001; 15.04.2001; 23.04.2001; 06.05.2001.
- ESCUADERO, M. 2001. "Un legado que nos persigue", *El País*, 25.03.2001.
- FABRE, J.-M.; BARALON, P. 2001. "Tout contrôler, de la grain à la fourchette?", *La Recherche*, 339, Février.
- GIDDENS, A. 1999. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- GIDDENS, A. 1997. *Modernidad e Identidad del Yo*. Barcelona: Ed. Península.
- GIL CALVO, E. 2001. "Epidemiología del alarmismo", *El País*. 04.03.2001.
- GLEICH, M.; MAXEINER, D.; MIERSCH, M.; NICOLAY, F. 2000. *Las cuentas de la vida. Un balance global de la naturaleza*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

- GODARD, O. 2001. "Risque théorique et risque réel", *La Recherche*, 339, Février.
- HARRIS, M. 2000. *Antropología cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- JAMES, B. 2000. "El misterio letal de las "vacas locas", *El País*, 10.12.2000.
- LA RECHERCHE. 1992. Septiembre.
- LE MONDE. Paris, 05.06.1992.
- LE NOUVEL OBSERVATEUR. Paris, 29.03-04.04.2001.
- LOUIS, F. 2001. "Tests per millions et interrogations", *La Recherche*, 339, Février.
- MARTIN, A.; CHAMBOLE, M.; BLADIER, C.; TUFFÉRY, G. (2001). "L'expertise est-elle codifiable?", *La Recherche*, 339, Février.
- PARIS, A: 2001. "Profils suspects sous surveillance", *La Recherche*, 339, Février.
- PASCAL, G. 2001. *El País*, 04.02.2001. Entrevista.
- RAMONET, I. 2001. *Le Monde Diplomatique*. Mars
- RATNESAR, R. 2001. "Slaughterhouse Cattle/burn, farmers despair and consumers worry as a new food-related catastrophe hits Europe", *Time*, 12 March.
- SANS, P. (1999). "Tracabilité, certification et segmentation: les évolutions de la filière viande bovine après la crise de l'ESB", *Le Pont Vétérinaire*, 30.
- TVERSKY, A.; KAHMMAN, D. 1979. "Prospect theory: An analysis of decision under Risk", *Econometrica*, 47 (2).
- VALLESPIN, F. 2001. "Nuevos peligros, nuevos temores", *El País*, 04.03.2001.
- VERGER, P. 2001. "Il est très facile de crier au loup", *La Recherche*, 339, Février.